



Eran las 07.30 de la mañana de un frío día de marzo cerca de Imilchil, en las estribaciones del Alto Atlas, en Marruecos. Íbamos dirección a Merzouga, puerta de entrada al desierto de Erg Chebbi. En el camino nos encontramos con Yussuf, un niño bereber de unos diez años. Estaba esperando a otros niños de su pequeña aldea, que, como él, recorren a diario más de once kilómetros en bicicleta para poder asistir al colegio en la localidad de Imilchil.

La zona es bastante agreste y despoblada, apenas se encuentran unas pocas casas de adobe de sencilla construcción mimetizadas con el paisaje y diseminadas en núcleos de no más de tres o cuatro casas. No tienen luz eléctrica ni tampoco agua corriente. Tampoco hay servicios públicos, y para cualquier necesidad se tienen que desplazar a la localidad más cercana en

carro de mulas, en bici o a pie. Algunos incluso disponen de alguna vieja *mobilette*, a prueba de baches.

La pista por la que circulan es poco transitada y está casi en su totalidad sin asfaltar, sin embargo, eso no es impedimento para que cada día, llueva, nieve o el ardiente sol del verano caiga sobre sus espaldas, ellos acudan a su cita con la escuela. Están acostumbrados a que aquí, nada sea fácil. A su regreso, saben que otra cita no menos importante les aguarda: reunir y conducir al redil a los rebaños de cabras que son la base del sustento de sus familias.